

¿QUE QUEDA DE ESPAÑA EN FILIPINAS?

POR

ANTONIO M. MOLINA (*)

Los que cifran su verdad en la estadística tienen ganada la partida si se trata de calibrar lo que queda de España en Filipinas atendiendo únicamente al número de hispano hablantes en aquel país. El resultado negativo es obvio, con su alardeada carga de pesimismo. Acepto este resultado, pero no su connotación adversa.

Me explico.

Somos una clara minoría los filipinos que en la actualidad poseemos el idioma español en relación con la totalidad de la población nacional. Pero, en sus términos propios, nuestro número de hispano parlantes no va a la zaga de varios países hispano-americanos que se expresan con el mismo habla. Recordemos además que el idioma español no fue nunca vehículo de expresión de la mayoría del pueblo filipino. Siempre fue patrimonio exclusivo de una minoría, sin que tengamos ahora que hurgar en las razones que lo expliquen. Nos basta con aceptar el hecho consumado. Lo que nos ahorraría el rasgarnos las vestiduras innecesariamente y nos aliviaríamos de todo escándalo. Lo que interesa es que esa minoría pervive en nuestros días. Y, en consecuencia, nuestro deber es conservarla cuando menos y, cuando más, acrecentarla hasta sus máximas posibilidades. Aquí radica precisamente la agonía de la lengua española en Filipinas, bien entendido que empleo la palabra agonía en su sentido unamuniano. En efecto, Unamuno nos advierte que no debemos confundir agonía con muerte, porque se puede morir sin agonía y hay quienes, en cambio, viven en y por la agonía.

(*) Academia Filipina. Correspondiente de la Academia Española.

Este es el caso de Filipinas. La lucha —que es lo que agonía significa— por la conservación del idioma español en los lares filipinos es secularmente denodada. Sin el agradecimiento ni apoyo de muchos de nuestros hermanos allende los mares, los filipinos vamos apuntalando la pervivencia de este idioma, propiciando así adeptos y cultivadores que, lenta pero inexorablemente, reemplacen a los que por ley de vida ahuequen nuestras filas.

La Academia Filipina correspondiente de la Real Academia Española, el Premio Literario Zóbel de tan rancio sabor y tenacidad ejemplar, la Confederación Nacional de Profesores de Español, el Centro Cultural Español, las aulas de español en nuestras instituciones docentes, así estatales como privadas, las modestas publicaciones periódicas y los humildes títulos editoriales, van aportando su clásico granito de arena en pro de este idioma.

No se ha rendido, pues, la plaza. Ni se rendirá, porque hacemos nuestra la firme convicción de nuestro eximio poeta Claro Recto, al apostrofar a esta lengua castellana:

No morirás jamás en aqueste suelo
que aún guarda tu esplendor. Quien lo pretenda
ignora que mis templos y mis ágoras
son de bloques que dieron tus canteras.

Los que ciñen, por tanto, lo hispánico al idioma castellano, cuando comprueban la realidad de lo antedicho, creyendo incluso que va camino de la extinción, nos acosan con angustia, no exenta de censura: ¿Qué queda de España en Filipinas?

Los hispanistas auténticos, creo yo, no deben confundirse con los adalides del idioma español. Esto es así, porque —no me cansaré de insistir— lo hispánico no se agota con el idioma. El hispanismo no es tan sólo un asunto de gramática o filología, ni tan siquiera de literatura. Es algo mucho más vasto y profundo. ¡Men-
gua sería que España hubiese legado a Filipinas tan sólo el habla!

Por ello, respondo a la pregunta: ¿Qué queda de España en Filipinas?

Hace algunos años regresaba yo a Filipinas a bordo de un buque francés. Al día siguiente de zarpar del puerto de Marsella,

los pasajeros, como es costumbre, comenzamos a trabar mutuo conocimiento. Un profesor japonés se me presentó dándome la mano e intercambiando tarjetas. Mas, cuando este profesor pretendió lo mismo con otros dos viajeros japoneses, ya no les estrechó la mano, sino que, reverente, se inclinó ante ellos tres veces. Era el saludo propio entre los nacionales del Japón. Más tarde, un industrial de Bombay, al presentarse, también me tendió la mano y me entregó su tarjeta. Pero, al ir a saludar a un profesor de Nueva Delhi, tampoco le estrechó la mano. En su lugar, unió las manos y las elevó a la altura de la frente bajándolas luego lentamente frente a la mitad del pecho. Era la forma aceptada entre naturales de la India. Cuando posteriormente me encontré con el único pasajero filipino, fuera de mí, me invadió una marcada vacilación al disponerme a saludarle. ¿Cómo hacerlo a lo filipino? No sabía si tocarme las narices o tirarme de las orejas. Me conformé con darle la mano. En seguida me pregunté: ¿Es que los filipinos estamos tan desprovistos de personalidad propia que ni siquiera tenemos una forma autóctona de saludar? Recordé entonces que se me tenía por historiador, así que como tal, repasé mentalmente las crónicas de mi país.

En efecto, en ellas se nos relata que los habitantes de Filipinas, antes de la llegada de los españoles, para saludarse juntaban las palmas de las manos, las elevaban seguidamente en sentido diagonal a la altura de la frente, doblaban la pierna izquierda al mismo tiempo que, lentamente se agachaban hasta ponerse en cuclillas. No hace falta indicar que si hubiera saludado de esta forma a mi paisano, este se habría tronchado de risa o, lo que no hubiese tenido ninguna gracia, me habría echado por la borda del buque creyéndose objeto de una burla. Y es que la occidentalización de los países asiáticos ha conseguido que estos adoptasen modos y maneras de Europa y América, sin que los mismos afectaran su indigenismo. Esta formas foráneas le sirven para las ocasiones oportunas. No ha sido así en Filipinas. Mi país, más que adoptar lo occidental, lo ha adaptado a su modo de ser, hasta hacerlo consustancial.

Eso queda de España en Filipinas.

En otra ocasión, esta vez navegando hacia el Japón para asistir a un Congreso Internacional, bajábamos mi mujer y yo por las escaleras del barco en dirección al comedor cuando nos topamos con cuatro jóvenes que subían. «Vamos a saludar a estos paisanos míos», le dije a mi esposa, española de origen. Extrañada me preguntó: ¿Cómo sabes tú que son filipinos si ni siquiera nos han sido presentados? Rápidamente le respondí: «Está claro. ¿Ves ese rótulo? Dice: bajada solamente. Y ellos suben». En efecto eran cuatro estudiantes filipinos, que se disculparon diciéndonos que por aquellas escaleras se llegaba antes a su camarote. Ningún otro asiático se portaría así. Es clara herencia española. Ya nuestro héroe José Rizal, en su novela «El Filibusterismo», por boca de un personaje español, dice: ¿Queréis que en España se abra una carretera? No hay más que poner un cartel que diga: prohibido el paso. Y por allí transitaran todos hasta hacerse camino.

Añadía: «El día que en España se prohíba la virtud, al día siguiente, todos los españoles, santos».

Eso queda de España en Filipinas.

Cierto magistrado filipino, enojado porque el novio de su hija había enviado la fotografía de ésta a la redacción de un periódico que patrocinaba un concurso de belleza, para incluirla entre las candidatas, acompañó al joven para que retirara dicha fotografía, porque no consentía que dispusiera de ellas antes de que fuera su marido. Ya en la redacción coincidieron los dos con un colega del magistrado, a quien éste explicó la situación. Sin el mínimo recato dicho colega le comentó: «Pues haces muy bien en retirar la candidatura de tu hija, porque, como la mía se presenta, veo difícil que la tuya pueda vencer. Más vale evitarla el bochorno». En tono enérgico el magistrado decidió al instante: «¿Ah sí? Pues no retiro la fotografía. Mi hija será candidata». A la postre, ésta salió victoriosa. Y es que el magistrado se había suscrito al periódico para un período de veinte años, visto que los votos se conseguían mediante suscripciones al mismo. Vuelto a ver a su colega, el magistrado le espetó: «¿Qué tal el bochorno de tu hija?».

Eso queda de España en Filipinas.

En el Parque de Rizal, en Manila, se pueden leer en lápidas

conmemorativas la traducción a los idiomas principales de la postrer poesía de nuestro héroe nacional. Falta la traducción al español. ¿Por qué? ¿Es que el español no es un idioma principal? No es eso. Se trata sencillamente de que esta poesía la redactó Rizal en castellano, como figura perpetuado en bronce a la diestra de su monumento.

Eso queda de España en Filipinas.

Si se proyecta una visita al Palacio de Malacañang, sede de la Presidencia del País, viene uno a descubrir que, al trasponer la puerta principal de hierro forjado, que conduce a los jardines palaciegos, encima de la misma campea —desafiante de siglos— el escudo nacional de España, que no ha sido sustituido por el de la República Filipina.

Eso queda de España en Filipinas.

El más somero repaso de la toponimia filipina nos brinda un aval más a nuestra afirmación. La inicia el mismo nombre de nuestro país: Filipinas, derivativo de Felipe, que así se llamaba el Príncipe de Asturias en cuyo honor se apellidaron nuestras islas. Nos sale al paso luego, una letanía de provincias, tales como La Unión, Isabela, Nueva Vizcaya, Nueva Ecija, La Laguna, Camarines, Mindoro y Negros; y nos encontramos con ciudades y poblaciones como Clavería, Ballesteros, San Fernando, Solano, San Carlos, San Quintín, San José, Lucena, Valladolid, Toledo, Legazpi, Mondragón, Gándara, Getafe, La Carlota, Pontevedra, Victoria, Santa Catalina, Labrador, Santander, San Luis y Puerto Princesa, por citar algunas. Desfilan seguidamente islas como las de Corregidor, Fraile, Monja, Pilas, San Miguel, Dos Hermanas y Boca Grande; bahías y golfos, de nombres Illana, Lanuza, Coral, San Antonio, Honda, San Pedro y San Miguel, amén de los estrechos de San Bernardino, San Jacinto, San Juanico e Isla Verde; y los cabos de Engaño, San Ildefonso, Espíritu Santo, San Agustín, Santiago, Coronado y Bojeador, sin dejar de citar los ríos y cascadas de Chico, Magno, Grande y María Cristina, así como los montes de Sierra Madre, Carballo, Cordillera, Halcón y Santo Tomás. Todo un tomo voluminoso nos legó de tan elocuente prueba hispana en Filipinas aquel buen amigo y concienzudo investigador

español Adolfo Cuadrado Muñiz, del que he extraído tan pocos ejemplos.

Eso queda de España en Filipinas.

¿Dónde están el «American School» y la «Nippon Gakko», establecidos en Filipinas apenas hace medio siglo? Ni rastro. Sin embargo, siguen en plena actividad la Universidad de Santo Tomás, el Colegio de San Juan de Letrán, el Ateneo de Manila, los centros docentes de San Beda, La Concordia, Santa Catalina, Santa Rosa, Santa Rita, San Sebastián, San Carlos y Santa Isabel, fundados durante el régimen español o establecidos en el siglo presente por religiosos españoles.

Eso queda de España en Filipinas.

¿No está allí la fuente de Carriedo? ¿No están las de Calderón de la Barca? ¿Qué decir de las murallas de Manila y de los Fuertes de Santiago, en Manila, y del Pilar en Zamboanga? ¿Qué del órgano de caña de las Piñas? ¿No nos dicen nada, acaso, las catedrales de Manila, Lipa y Calasiao; las iglesias de San Agustín, Malate y San Sebastián, en la capital filipina, y los templos provinciales de Pacay, Candon, Tanay, Dingras, Lucban, Gumaca, Morong, Barasoain y Naga? ¿Debemos todavía aludir a los monumentos de Legazpi y Urdaneta, del Padre Benavides, del Botánico Soler, y de Simón de Anda y Salazar? Todos son vestigios, enhiestos y sólidos de realizaciones efectuadas cuando la gobernación española en Filipinas.

Eso queda de España en Filipinas.

Los filipinos abrimos los libros de derecha a izquierda y leemos horizontalmente de izquierda a derecha, a diferencia de nuestros hermanos asiáticos que lo hacen en dirección inversa. Empleamos el negro para el luto y no el blanco o el amarillo como en otras latitudes de Oriente. En la urdimbre de nuestras danzas y canciones juegan fandangos, mazurcas y jotas, siquiera sea, en palabras del maestro Cubiles, «con un algo de pereza oriental». El cochinitillo asado es nuestro plato nacional. Y nuestra indumentaria masculina típica es la misma camisa occidental, si bien enriquecida con bordados recamados. Estas que pudieran parecer minucias deletrean nuestra personalidad.

Eso queda de España en Filipinas.

Filipinas es el único país cristiano en el Extremo Oriente. Nuestra fe religiosa no es de relumbrón ocasional, sino que subyace en el trasfondo de nuestro diario quehacer y perfila nuestro modo de ser. Las festividades locales en la mayoría de nuestras poblaciones giran alrededor de su Santo Patrón. Todavía en la misa mayor de muchos pueblos resuenan las notas de la Marcha Real española al momento de la consagración. Los ritos cuaresmales: sermón de las Siete Palabras, el oficio de las Tinieblas, los «nazarenos» y penitentes públicos, la salmodia de la Pasión, y, además, las procesiones religiosas, que encuentran cimera expresión en la de Jesús Nazareno, en el arrabal de Quiapo, de la ciudad de Manila, y en la de «La Naval» en honor de la Virgen del Rosario, en la Ciudad de Quezón, así como en la fluvial de Nuestra Señora de Peña de Francia, en la provincia de Camarines, todas ellas con savia de siglos; los «Santacrusans» durante todo el mes de mayo, que son un desfile diario cívico-religioso, durante el cual se canta en español las preces del Santo Rosario; las misas de Aguinaldo durante la temporada navideña, novenario matutino que se inicia a las cuatro de la madrugada; las piadosas romerías a santuarios marianos, como los de Antipolo y Manaoag. Son innumerables manifestaciones de religiosidad popular de abolengo hispano, que desafían los años.

Eso queda de España en Filipinas.

El más somero repaso de los delegados a la Conferencia de Bandung en 1954 nos acredita también nuestra tesis. En efecto, se leen los nombres de U Nu, de Birmania; Jawaharlal Nehru, de India; Chou En Lai, de China; Watayakon, de Tailandia; Ho Chih Min, de Vietnam; y —¡sorpresa!— Carlos Rómulo Peña, de Filipinas. Aun en nuestros días, los dirigentes de los países asiáticos acusan nombres de innegable procedencia. Pero, ¿qué decir de la Presidenta de Filipinas? Se llama Corazón Aquino. Como antes se llamaron Emilio Aguinaldo, Manuel Quezón, José Laurel o Manuel Roxas.

Eso queda de España en Filipinas.

España sigue, pues, presente en aquel archipiélago, un tiempo

florón de la Corona española. Nos lo asegura con mejor acento el vate filipino Jesús Balmori, cuando se dirige de esta guisa a España:

Reina de los amores y los dolores grandes
que por todas las tierras tu habla sonora expandes
y por todos los cielos prendiste una quimera:
¡Aquel tu sol glorioso que ayer se puso en Flandes,
hoy vuelve a ser tu sol, porque esta en mi bandera!